

Émile Zola

# Naná

Traducción de Florentino Trapero

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *Nana*

Primera edición: 2007

Segunda edición: 2019

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la traducción: Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S.A.), 1988

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-489-4

Depósito legal: M. 1.178-2019

Impreso en Rodesa, S. A.

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Capítulo primero

A las nueve, la sala del Teatro de Variedades estaba aún desierta. Unas pocas personas esperaban, en el anfiteatro y en el patio, casi perdidas entre las butacas de terciopelo granate, en la penumbra de la araña a media luz. Una sombra anegaba la gran mancha roja del telón; del escenario no llegaba ni un rumor; las candelijas estaban apagadas, y los atriles de los músicos, en desorden. Sólo en lo alto, en el tercer anfiteatro, alrededor de la rotonda del techo, donde revoloteaban ninfas y amorcillos en un cielo verdeado por el gas, surgían llamadas y carcajadas en medio de una continua barahúnda de voces, y se veían cabezas tocadas con gorros y gorras, alineadas en los amplios ventanales realzados por un marco dorado. De vez en cuando aparecía una acomodadora, solícita, con los billetes en la mano, guiando a un caballero y a una señora que luego se sentaba, vestido él de frac, y paseando la mujer, flaca y tiesa, una lenta mirada por todo el teatro.

Aparecieron dos jóvenes en el patio de butacas. Se quedaron en pie, observando.

—¿No te lo dije, Hector? —exclamó el de más edad, alto, con fino bigotillo negro—. Hemos llegado demasiado pronto. Bien pudiste dejarme que apurase mi cigarro...

Pasó por allí una acomodadora.

—¿Qué tal, señor Fauchery? —dijo con familiaridad—. Todavía falta media hora para la función.

—Entonces, ¿por qué la anuncian para las nueve? —replicó Hector, cuyo flaco y afilado rostro manifestó gran contrariedad—. Esta mañana, Clarisse, que actúa en la obra, me juró que comenzaría a las nueve en punto.

Callaron un instante y, levantando la cabeza, escudriñaron las sombras de los palcos; pero el papel verde que los tapizaba los oscurecía todavía más. En el fondo del patio, debajo del anfiteatro, las plateas se sumían en una completa oscuridad. En los del principal sólo había en uno una señora gorda, reclinada en el antepecho forrado de terciopelo. A derecha e izquierda, enmarcados por altas columnas, los proscenios, adornados con colgaduras de largas franjas, permanecían vacíos. La sala, blanca y dorada, realizada de un verde suave, se esfumaba, como si las breves llamas de la gran araña de cristal la llenasen de un fino polvillo.

—¿Conseguirás el palco para Lucy? —preguntó Hector.

—Sí —contestó el otro—; pero trabajo me costó... ¡Y no hay miedo de que Lucy venga demasiado pronto!...

Fauchery reprimió un ligero bostezo, añadiendo, después de una pausa:

—Sí que tienes suerte, tú que todavía no has visto un estreno... *La rubia Venus* va a ser el acontecimiento del año. Hace seis meses que todo el mundo habla de ella. ¡Ay, amigo! ¡Qué música, qué garra!... Bordenave, que entiende el negocio, lo ha reservado para la Exposición.

—Y a Naná, la nueva estrella, que va a hacer de Venus, ¿la conoces?

—¡Vaya, hombre! ¡Otra vez! —exclamó Fauchery, levantando los brazos—. Desde esta mañana, todos me abrumen con Naná. He visto a más de veinte personas, y... Naná por aquí, Naná por allá... ¡Qué sé yo! ¿O es que estoy obligado a conocer a todas las chicas de París?... Naná es una invención de Bordenave. ¡Buena será ella!...

Por fin, se calmó. Pero el vacío de la sala, la media luz de la araña, aquel recogimiento de iglesia lleno de voces que susurraban y de ruidos de puertas le irritaban.

–¡Ay, no! –dijo de pronto–. ¡Aquí se hace uno viejo! Salgamos... Quizá veamos a Bordenave abajo, y nos dará detalles.

Abajo, en el gran vestíbulo pavimentado de mármol, donde estaba el despacho, empezaba a aparecer el público. Por las tres cancelas abiertas se veía pasar la ardiente vida de los bulevares, que bullían y resplandecían en la hermosa noche de abril. Los coches suspendían bruscamente su carrera; las portezuelas se cerraban con ruido, y la gente entraba, en pequeños grupos, parándose ante los porteros y subiendo, al fondo, por la doble escalera, donde las mujeres acortaban el paso, ondulando el talle. Al vivo resplandor del gas, sobre la pálida desnudez de este vestíbulo que una pobre decoración estilo imperio presentaba como peristilo de templo de cartón, lucían violentamente grandes carteles amarillos, con el nombre de Naná en gruesas letras negras. Algunos señores, como atraídos al pasar, los leían; otros, en pie, conversaban obstruyendo las puertas, mientras que cerca del despacho, un hombre obeso, de ancha cara afeitada, contestaba con rudeza a las personas que insistían para obtener localidades.

–Ahí está Bordenave –dijo Fauchery al bajar de la escalera.

Pero el director le había divisado ya.

–¡Vaya! ¡Es usted muy amable!... –le gritó desde lejos–. ¡Ya veo que sigue sin dedicarme una gacetilla! He abierto esta mañana *Le Figaro*, y... ¡nada!

–¡Paciencia! –respondió Fauchery–. Tengo que conocer a su Naná, antes de hablar de ella... Además, no le prometí nada...

Después, para dar otro giro a la conversación, le presentó a su primo, Hector de la Faloise, joven que había venido a completar su educación en París. El director midió a éste de una ojeada. Mientras, Hector le examinaba con emoción. ¡Conque aquél era el célebre Bordenave, el exhibidor de mujeres, que las trataba como un cabo de varas, ese cerebro siempre pendiente de atraer la atención, gritando, escupiendo, dándose palmadas en los muslos, cínico, con bromas de coche-ro! Hector creyó que debía aventurar una frase amable.

–Su teatro... –comenzó con aflautada voz.

Le interrumpió Bordenave tranquilamente, con una réplica cruda, como hombre que se complace en las situaciones francas.

–¡Diga usted... mi lupanar!

Entonces, Fauchery sonrió, aprobando, mientras que La Faloise quedaba con su cumplido atascado en la garganta, muy sorprendido, procurando aparentar que le agradaba el calificativo. El director se había adelantado a estrechar la mano a un crítico teatral, cuyas reseñas gozaban de mucho predicamento. Cuando volvió, La Faloise recobraba ya su aplomo; temía ser tratado de provinciano si se mostraba cohibido.

–Me han dicho –repuso, empeñado en colocar una frase– que Naná tiene una voz deliciosa...

–¡Naná! –exclamó el director encogiéndose de hombros–. ¡Si canta como una grulla!

El joven se apresuró a añadir:

–Por cierto, excelente actriz...

–¡Ella!... ¡Menudo pato!... No sabe qué hacer, ni con los pies ni con las manos.

La Faloise se ruborizó ligeramente. No entendía. Y balbució:

—Por nada del mundo hubiera faltado al estreno de esta noche. Yo sabía que su teatro...

—¡Diga mi lupanar! —repitió Bordenave con la fría terquedad de un hombre convencido.

Entre tanto, Fauchery, con la mayor tranquilidad, contemplaba a las mujeres que iban entrando. Y acudió en ayuda de su primo, cuando le vio con la boca abierta, no sabiendo si tenía que reír o enfadarse.

—Dale gusto a Bordenave, hombre; llama a su teatro como él te dice, ya que eso le divierte... Y usted, querido, no trate de tomarnos el pelo. Si Naná no canta, ni declama, la obra será un fracaso, y nada más. Por mi parte, me lo temo.

—¡Un fracaso! —gritó el director, cuya cara se iba tiñendo de púrpura—. ¿Acaso una mujer necesita saber declamar y cantar? ¡Vaya, muchacho, me pareces algo tonto!... Naná tiene otra cosa, ¡rediez!, otra cosa que lo suple todo. No creo equivocarme: y digo que le sobra salero, o yo soy un imbécil... Ya verás, en cuanto salga a escena, todo el teatro se relamerá de gusto.

Había levantado sus gordezuelas manos, que temblaban de entusiasmo; y desahogado ya, bajaba la voz, gruñendo para sí:

—Sí, ¡llegará lejos, rediós, sí, muy lejos!... ¡Buen zorrón está hecha!

Después, al interrogarle Fauchery, consintió en dar detalles con una crudeza de expresión que molestaba a Hector de La Faloise. Había conocido a Naná y quería «lanzarla». Precisamente buscaba una Venus. Por su parte, no solía cargar mucho tiempo con una mujer; prefería que el público se aprovechara de ella inmediatamente. Entre tanto, se veía metido en un berenjenal, pues la compañía se le amotinaba por la llegada de aquella joven vistosa. Rose Mignon, su estrella, distinguida actriz y cantatriz

adorable, le amenazaba cada día con dejarle plantado, enfurecida, adivinando una rival. Y para la redacción del cartel, ¡qué jaleos, santo cielo! A la postre, se decidió a insertar los nombres de las dos actrices en letras del mismo cuerpo. No le convenía que se enfadasen. Cuando una de sus dos mujercitas (como él las llamaba), Simonne o Clarisse, no andaba derecha, le largaba un puntapié... De no ser así, no habría medio de vivir. ¡Si sabría lo que valían esas furcias: él mismo las vendía!

–¡Miren! –añadió, interrumpiéndose–. Allá van Mignon y Steiner. Siempre juntos. Ya sabes que Steiner comienza a estar harto de Rose; así es que el marido no le deja ni un minuto, por miedo a que se fugue.

La batería de mecheros que resplandecía en la cornisa del teatro extendía sobre la acera un lienzo de viva claridad. Dos arbolillos de un verde subido resaltaban; una columna blanqueaba, bañada de tanta luz que, desde lejos, podían leerse, como en pleno día, los carteles pegados en ella; y más allá, la densa oscuridad del bulevar se salpicaba de faroles en el vano de una muchedumbre en marcha. Algunos individuos, antes de entrar, permanecían un rato conversando y apurando su cigarro, bajo la luz de la cornisa que les daba un aspecto pálido y recortaba en el asfalto sus breves sombras negras. Mignon, un mocetón alto, muy ancho de espaldas, de cabeza cuadrada como los hércules de verbena, se abría paso entre los grupos, llevando del brazo al banquero Steiner, bajito, de abultado abdomen, cara redonda y adornada con un collar de barba entrecana.

–¡Bien! –dijo Bordenave–. Ayer tropezó usted con ella en mi gabinete.

–¡Ah, era ella! –exclamó Steiner–. Me lo figuré. Pero como, cuando yo salía, entró ella, apenas pude vislumbrarla.

Mignon escuchaba, con la mirada baja, girando nerviosamente en su dedo una sortija con un grueso diamante. Había comprendido que se trataba de Naná. Después, mientras Bordenave trazaba un retrato de su debutante que hacía que se encandilaran los ojos del banquero, acabó por mezclarse en la conversación.

—No se ocupe de esto, querido, ¡es una arrastrada! ¡Va a ver qué pinta se gasta!... Ya sabe, amigo Steiner, que mi mujer le espera en su palco.

E intentó llevárselo. Pero Steiner se resistía a dejar a Bordenave. Ante ellos, en el despacho, se estrujaba una larga cola de gente de la que surgía una confusión de voces en la que resonaba el nombre de Naná con la armoniosa vivacidad de sus dos sílabas. Los hombres que se paraban delante de los carteles lo deletreaban en voz alta; otros lo pronunciaban, al pasar, con acento de interrogación, en tanto que las mujeres, inquietas y sonrientes, lo repetían suavemente, con aire de sorpresa. Nadie conocía a Naná. ¿De dónde había caído? Y circulaban anécdotas y chistes, cuchicheados de oreja a oreja. Este nombre, este diminutivo, cuya familiaridad sentaba bien en todos los labios, era como una caricia. Sólo con pronunciarlo así, la muchedumbre se alegraba y se volvía bonachona. Una fiebre de curiosidad agujijoneaba aquella gente: esa curiosidad de París, que tiene la violencia de un acceso de locura furiosa. Todos querían ver a Naná. A una señora le arrancaron el volante de su vestido, un señor perdió su sombrero...

—¡Me preguntan demasiado! —exclamó Bordenave, a quien una veintena de hombres abrumaba con sus interrogaciones—. Pronto la verán... Me largo; estoy haciendo falta por ahí.

Y desapareció, satisfecho de haber enardecido a su público. Mignon se encogió de hombros, recordando

a Steiner que su mujer le esperaba para enseñarle su vestido del primer acto.

—¡Mira, ahí tienes a Lucy, que baja del coche! —dijo La Faloise a Fauchery.

En efecto, era Lucy Stewart, una mujer menuda y fea, de unos cuarenta años, de cuello demasiado largo, rostro flaco, facciones estiradas y gruesos labios; pero tan viva, tan graciosa, que encantaba. Con ella iban Caroline Héquet y su madre: Caroline, de una belleza fría; la madre, muy digna y envarada.

—¿Vienes con nosotros? —le dijo a Fauchery—. Te he reservado un asiento.

—¡No, gracias! ¿Para no ver nada? —repuso él—. Tengo una butaca; prefiero estar abajo.

Lucy se enfadó. ¿Es que no se atrevía a exhibirse con ella? Después, calmada de repente, saltó a otro asunto:

—¿Por qué no me has dicho que conocías a Naná?

—¡Naná! En mi vida la he visto.

—¿De veras?... Me han asegurado que te acostaste con ella.

A todo esto, Mignon, junto a ellos, con un dedo en los labios, les hacía señas para que callasen. Y en contestación a una pregunta de Lucy, le mostró a un joven que pasaba, y murmuró:

—El querido de Naná.

Todos le miraron. Era muy guapo. Fauchery le reconoció: era Daguinet, un muchacho que había derrochado trescientos mil francos con las mujeres y que ahora jugaba a la Bolsa para regalarles flores e invitarlas a cenar de cuando en cuando. Lucy declaró que tenía unos hermosos ojos.

—¡Ah, aquí viene Blanche! Ella fue la que me dijo que tú te habías acostado con Naná.

Blanche de Sivry, una gruesa rubia, cuya encantadora cara se iba abotargando, llegaba en compañía de un hombre cenceño, elegante, de gran distinción.

—El conde Xavier de Vandeuves —murmuró Fauchery al oído de La Faloise.

El conde cambió un apretón de manos con el periodista, mientras tenía lugar una animada explicación entre Blanche y Lucy. Las dos obstruían el paso con sus faldas cargadas de volantes, una de azul y otra de rosa, y el nombre de Naná surgía de sus labios, en tan agudo son, que la gente se paraba a escucharlas. El conde de Vandeuves se llevó a Blanche. Pero ya, como un eco, el nombre de Naná resonaba en los cuatro ángulos del vestíbulo, en tono más alto, en un deseo aumentado por la espera. ¿No comenzaba todavía la función? Los hombres consultaban sus relojes, los rezagados saltaban de sus coches antes de detenerse éstos, y los grupos abandonaban la acera donde los paseantes, lentamente, atravesaban la sábana de luz que había quedado vacía, alargando el cuello para echar una ojeada al teatro. Un pilluelo, que pasaba silbando, se plantó delante de un cartel, a la puerta, y luego gritó: «¡Fsst! ¡Naná!», con voz aguardentosa, y prosiguió su camino desmadejado y arrastrando sus zapatos rotos. Circuló una carcajada. Unos caballeros bien vestidos repitieron: «¡Naná! ¡Fsst! ¡Naná!». Se estrujaban; en el despacho estalló una contienda; y crecía un clamor formado por el zumbido de esas ráfagas de estupidez y de brutal sensualidad que suelen planear sobre las muchedumbres.

Pero, dominando aquel estrépito, resonó la campanilla del entreacto. Un rumor llegó hasta el bulevar: «Han llamado, han llamado»; y aquello fue un desorden; cada cual quería entrar, en tanto que los empleados del despacho se afanaban. Mignon, con aire inquieto, logró, al fin, llevarse a Steiner, que no había ido a ver el traje de

Rose. Al primer toque de la campanilla, La Faloise había abierto brecha en la multitud, arrastrando a Fauchery, para no perderse la sinfonía. Este apresuramiento del público irritó a Lucy Stewart. ¡Vaya, qué groseros: empujar a las señoras! Y se quedó la última con Caroline Héquet y su madre. El vestíbulo estaba vacío; en el fondo, el bulevar conservaba su prolongado rumor.

—¡Como si sus piezas fueran cosas del otro mundo!  
—repetía Lucy, subiendo la escalera.

En la sala, Fauchery y La Faloise, en pie delante de sus butacas, miraban de nuevo. Ahora, el teatro resplandecía. Altas llamas de gas reflejaban en la gran araña de cristal chorros de fuego amarillos y rosados, que se quebraban, desde la bóveda al patio, en una lluvia de luz. Los terciopelos granate de los sillones se matizaban de laca, mientras los dorados relucían y los adornos verde claro suavizaban su brillo, bajo las pinturas demasiado crudas del techo. Las candilejas, con su chorro de luz, parecían incendiar el telón, cuyos pesados cortinajes color púrpura ofrecían una riqueza de fabuloso palacio, reñida con la pobreza del marco, en el que algunas grietas mostraban el yeso debajo del dorado. Hacía ya calor. Los músicos, sentados ante los atriles, afinaban sus instrumentos, con leves trinos de flauta, suspiros ahogados de trompa, voces cantarinas de violín, que se desvanecían en medio de la creciente barahúnda de voces. Todos los espectadores hablaban, se empujaban, se acomodaban tras el asalto a los asientos; y las apreturas de los pasillos eran tales, que cada puerta iba soltando a duras penas una incesante oleada de gente. Se llamaban desde lejos los conocidos; crujían las ropas, desfilaban faldas y sombreros, entreverados de la mancha negra de un frac o una levita. Sin embargo, las filas de sillones se llenaron poco a poco; se destacaba un traje claro, una cabeza de distinguido perfil

inclinaba su moño donde resplandecía el brillo de una joya. En un palco, parte de un hombro desnudo ofrecía una blancura de seda. Otras mujeres, tranquilas, se abanicaban con languidez, siguiendo con la vista los empujones de la muchedumbre; en tanto que varios caballeros jóvenes, en pie en el patio, con el chaleco muy descotado y una gardenia en el ojal, apuntaban sus gemelos con la punta de los dedos enguantados.

Los dos primos buscaron rostros conocidos. Mignon y Steiner estaban juntos, en un palco bajo, con las muñecas apoyadas en el terciopelo de la barandilla, uno al lado de otro. Blanche de Sivry parecía ocupar por sí sola un proscenio de platea. Pero La Faloise examinaba, sobre todo, a Daguinet, que ocupaba una butaca, dos filas delante de la suya. Cerca de él, un jovencito de diecisiete años a lo sumo, quizá un colegial escapado, abría extraordinariamente sus hermosos ojos de querubín. Fauchery sonrió al verle.

—¿Quién es aquella señora del anfiteatro? —preguntó de repente La Faloise—. La que tiene a su lado a una joven vestida de azul.

Y le indicaba una mujer gruesa, muy apretada de corsé, rubia en tiempos, hoy canosa reteñida del mismo color, cuyo redondo rostro, enrojecido por los afeites, se abotargaba debajo de una lluvia de infantiles ricitos.

—Es Gagá —respondió sencillamente Fauchery.

Y como este nombre pareciese asombrar a su primo, añadió:

—¿No conoces a Gagá?... Pues ha hecho las delicias de los primeros años de reinado de Luis Felipe. Ahora pasea consigo a su hija por todas partes.

La Faloise lanzó una ojeada a la niña. La vista de Gagá le conmovía; no apartaba los ojos de ella; la encontraba todavía guapa, pero no se atrevió a decirlo.

Entre tanto, el director de orquesta levantó su batuta y los músicos dieron principio a la sinfonía. Continuaba entrando gente, y la agitación y la algazara arreciaban. Entre ese público especial de los estrenos, que no cambiaba, había rinconcitos de intimidad donde los conocidos volvían a encontrarse, sonriendo. Los abonados, con el sombrero puesto, a sus anchas y con familiaridad, trocaban saludos entre sí. París se había dado allí cita: el París de las letras, de las finanzas y del placer; muchos periodistas, algunos escritores, bolsistas, más mujeres públicas que honradas; gente singularmente mezclada, compuesta de todos los genios, corrompida por todos los vicios; la misma fatiga e idéntica fiebre se mostraban en todos los rostros. Fauchery, contestando a las preguntas de su primo, le señaló los palcos de la prensa y de los círculos, después le nombró a los críticos dramáticos; entre ellos a uno flaco, seco, de delgados y malignos labios; y sobre todo, a otro grueso, de aspecto bonachón, que se reclinaba sobre el hombro de su vecina, una figurante a la que mimaba con mirada paternal y tierna.

Pero se interrumpió, al ver que La Faloise saludaba a unas personas que ocupaban un palco del centro. Pareció sorprendido.

—¡Cómo! —preguntó—. ¿Conoces al conde Muffat de Beuville?

—¡Oh, desde hace mucho! —respondió Hector—. Los Muffat tenían una finca cerca de la nuestra. Los visito a menudo... El conde está con su mujer y su suegro, el marqués de Chouard.

Y, engreído, satisfecho con el asombro de su primo, dio todavía más detalles: el marqués era consejero de Estado; el conde acababa de ser nombrado chambelán de la emperatriz. Fauchery, que había empuñado los gemelos, miraba a la condesa, una morena pálida, regordeta, de hermosos ojos negros.

–Me los vas a presentar en un descanso –acabó por decir–. Ya he coincidido otras veces con el conde, pero quisiera asistir a sus martes.

Enérgicos siseos partieron de las galerías superiores. La obertura había empezado, pero todavía entraba gente. Los rezagados obligaban a levantarse a los espectadores de filas enteras; sonaban las puertas de los palcos; en los pasillos, se disputaba a voz en grito. Y el ruido de las conversaciones no cesaba, semejante al piar de una bandada de parleros gorriones al anochecer. Aquello era una confusión, un barullo de cabezas y brazos que se agitaban; unos se sentaban y procuraban ponerse a sus anchas, y otros se empeñaban en continuar en pie, para echar una última ojeada. El grito de «¡Siéntese, siéntese!» salió violento de las oscuras profundidades del patio. Había circulado un estremecimiento: por fin iban a conocer a aquella famosa Naná, de quien todo París se ocupaba desde hacía ocho días.

Poco a poco, sin embargo, las conversaciones iban extinguiéndose suavemente, con alternativas de voces gruesas, y en medio de ese murmullo expectante, de esos suspiros que morían, destacábase la orquesta en las vivas notas de un vals, cuyo ritmo malicioso parecía reír picarescamente. El público, halagado, sonreía ya. En esto, la claque, en los primeros bancos del anfiteatro, aplaudió furiosamente. Se alzaba el telón.

–¡Mira! –dijo La Faloise, que seguía hablando–. ¡Hay un caballero en el palco de Lucy!

Y miraba al palco proscenio de la derecha, en el principal, cuya delantera ocupaban Caroline y Lucy. En el fondo se percibía el digno rostro de la madre de Caroline y el perfil de un joven alto, de hermosa cabellera rubia y traje irreprochable.

–Mira –repite La Faloise con insistencia–, hay un caballero.

Fauchery se dignó dirigir sus gemelos hacia el palco prosenio. Pero no tardó en volverse.

—Pero ¡si es Labordette! —murmuró con acento displicente, como si la presencia de aquel caballero debiera ser, para todo el mundo, natural y sin consecuencias.

Detrás de ellos, gritaron: «¡Silencio!». Hubieron de callarse. A la sazón, los concurrentes parecían atacados de inmovilidad; desde el patio al anfiteatro sólo se veía una masa de cabezas, erguidas y atentas. El primer acto de *La rubia Venus* sucedía en el Olimpo, un Olimpo de cartón, con nubes por bastidores y el trono de Júpiter a la derecha. Salieron primero Iris y Ganímedes, ayudados por multitud de celestes servidores que cantaban un coro mientras disponían los sitios de los dioses para el consejo. Otra vez sonaron en solitario los mecánicos aplausos de la claque; el público, algo desorientado, esperaba. Sin embargo, La Faloise había aplaudido a Clarisse Besnus, una de las mujercitas de Bordenave, que hacía de Iris, vestida de azul suave y con una gran banda de los siete colores ceñida al talle.

—Ya sabes que para ponerse eso, se quita la camisa —le dijo a Fauchery, de modo que le oyeran—. Esta mañana lo hemos ensayado... Se le veía la camisa bajo los brazos y en la espalda.

En esto, se produjo un leve estremecimiento. Rose Mignon acababa de aparecer, vestida de Diana. Aun cuando no tenía el talle ni la figura del personaje, flaca y morena, con una fealdad adorable de pilluelo parisienese, pareció encantadora, como la caricatura misma de la diosa. Su aria de entrada, cuya letra, de puro necia, daba ganas de llorar, y en la que se quejaba de Marte, el cual se iba olvidando de ella para irse con Venus, fue cantada con una púdica reserva, llena de tan pícaros acentos, que el público se enardecía. Su marido y Steiner, siempre jun-

tos, reían complacientes. Y toda la sala estalló en aplausos cuando apareció Prullière, actor estimado, vestido de general, haciendo de Marte de opereta, con un gigantesco penacho, y arrastrando un sable que le llegaba hasta el hombro. Este personaje estaba ya harto de Diana, porque se daba demasiada importancia. Entonces Diana juraba que le vigilaría y se vengaría. El dúo finalizaba con una tiroleña bufa, que Prullière entonó muy chuscamente, con voz de gato irritado. Tenía una fatuidad cómica de galán joven seductor y asestaba unas ojeadas de valentón, que provocaban agudas risas de mujer en los palcos.

Luego, el público volvió a enfriarse; las escenas siguientes parecieron aburridas. Apenas si el viejo Bosc, Júpiter imbécil, con la cabeza aplastada bajo una corona inmensa, hizo sonreír un instante al público cuando se querelló con Juno, a propósito de la cuenta de la cocinera. El desfile de los dioses: Neptuno, Plutón, Minerva y los demás, por poco lo echa a perder todo. Los espectadores se impacientaban, crecía por momentos un murmullo inquietante, el público perdía interés y volvía la vista a la sala. Lucy reía con Labordette; el conde Vandevres alargaba el cuello detrás de los macizos hombros de Blanche, mientras que Fauchery, con el rabillo del ojo, miraba a los Muffat: el conde muy grave, como si no comprendiera, y la condesa sonriendo vagamente, fijos los ojos en el vacío con aire soñador. Pero, bruscamente, en medio de ese malestar, los aplausos de la claqué crepitaron con la regularidad de un fuego graneado. Todo el mundo volvió la vista al escenario. ¿Era Naná, por fin? ¡No se hacía esperar poco, esta Naná!

Era una comisión de mortales, guiada por Ganímedes e Iris; burgueses respetables, todos ellos maridos burlados, venían a presentar al rey de los dioses una protesta contra Venus, la cual infundía en sus mujeres ardores

por demás excesivos. El coro, con un tono ingenuo y doliente, entrecortado por silencios llenos de confidencias, agradó mucho. Una frase circuló por la sala: «¡El coro de los cornudos, el coro de los cornudos!», y alguien gritó: «¡Que se repita!». Las cabezas de los coristas eran muy chuscas, de veras parecían serlo, sobre todo uno grueso, de cara redonda como una luna llena. Entre tanto, Vulcano llegaba furioso, preguntando por su mujer, que se había escapado hacía tres días. El coro volvía a su tema, implorando a Vulcano, el dios de los cornudos. El personaje de Vulcano lo desempeñaba Fontan, un cómico de talento truhanesco y original, que figuraba una cojera endiabladamente excéntrica, vestido de herrero de aldea, con una peluca llameante, y los brazos desnudos y tatuados con corazones atravesados por flechas. Una voz de mujer dijo en voz muy alta: «¡Qué feo es!», y todos reían aplaudiendo.

Siguió una escena que pareció interminable. Júpiter tardó una eternidad en congregar la asamblea de los dioses y someterles la protesta de los maridos burlados. ¡Y aún no se presentaba Naná! ¿Sería que la reservaban para el número final? Una escena tan prolongada había acabado por irritar al público. Los murmullos se reprodujeron.

–La cosa va mal –dijo Mignon a Steiner, radiante de gozo–. ¡Menudo pateo les espera!

En este momento se entreabrieron las nubes del fondo y apareció Venus. Naná, muy alta, muy desarrollada para sus dieciocho años, envuelta en su blanca túnica de diosa, con su larga cabellera rubia sencillamente suelta sobre los hombros, descendió hacia las candilejas con tranquilo aplomo y sonriendo al público; y comenzó su gran aria:

Cuando Venus ronda de noche...

Desde el segundo verso, los espectadores se miraban. ¿Era aquello una bromita, una salida de tono de Bordenave? Nunca se había oído una voz más desafinada, ni emitida con menos método. Su director la juzgaba perfectamente, sí: cantaba como una grulla. Y ni siquiera sabía estar en escena, echaba las manos hacia delante, con un balanceo de todo su cuerpo, que era muy inconveniente y nada gracioso. Se elevaban ya algunos «¡oh! ¡oh!», del patio y de los abonos menores, y se oía uno que otro silbido, cuando una voz de polluelo en época de muda lanzó, con convicción, desde las butacas de patio:

–¡Muy bien!

Todo el público miró. Era el querubín, el colegial escapado, con sus hermosos ojos abiertos de par en par y su rubia cara inflamada al ver a Naná. Cuando observó que toda la gente se volvía hacia él, se puso colorado como un tomate, avergonzado de haber hablado en voz alta sin querer. Su vecino Daguinet le examinaba, sonriendo, y el público reía, casi desarmado, y no pensaba ya en silbar, mientras que los señoritos de guante blanco, entusiasmados también por las formas de Naná, se quedaban boquiabiertos y aplaudían frenéticamente.

–¡Sí, muy bien! ¡Bravo!

Naná, entre tanto, viendo que los espectadores reían, se había echado a reír también. La jovialidad se redobló. Bien mirada, la moza aquella no carecía de gracia. Su risa le ahuecaba un incitante hoyuelo en la barbilla, y esperaba, sin el menor empacho, familiarmente, tratando al público de igual a igual, como si quisiera decir, con un guiño de sus ojos, que, si bien no tenía talento, maldito lo que le importaba; en cambio, tenía otra cosa... Y después de haber dirigido al director

de la orquesta un gesto que significaba: «¡Vamos allá, querido!» comenzó la segunda copla:

A medianoche, Venus pasa...

Era la misma voz avinagrada de antes, pero ahora cosquilleaba en parte tan sensible del público que, por momentos, producía en él leves escalofríos. Naná conservaba su sonrisa que iluminaba su boquita roja y relucía en sus grandes ojos en un azul muy claro. Al llegar a ciertos versos algo picarescos, un coqueto temblorcillo respingaba su nariz, cuyas sonrosadas aletas palpitaban, en tanto que una llamarada coloreaba sus mejillas. Y continuaba balanceándose, no sabiendo hacer otra cosa. El público ya no encontraba feo aquello, sino muy al contrario: los hombres la apuntaban con sus gemelos. Al ir a terminar su coplilla, le faltó por competo la voz y comprendió que le sería imposible llegar hasta el fin. Entonces, sin inquietarse, dio un golpe de cadera que dibujó una redondez debajo de la leve túnica, mientras que, doblada por la cintura y dejando entrever el seno, tendía sus brazos. Estalló una tempestad de aplausos. Inmediatamente se volvió de espaldas, en dirección al foro, exhibiendo su nuca, cuyos cabellos rojos parecían un dorado vellocino; y los aplausos se volvieron frenéticos.

El final del acto fue más frío. Vulcano quería abofetear a Venus. Los dioses celebraron consejo y decían que procederían a una información en la tierra antes de dar cumplida satisfacción a los maridos burlados. Aquí, Diana, sorprendiendo tiernas frases entre Venus y Marte, juraba que no les quitaría la vista de encima durante el viaje. Había también una escena en que el Amor, representado por una chiquilla de doce años, contestaba a todas las preguntas: «¡Sí, mamá!... No, mamá»,

en tono plañidero y con los dedos en la nariz. Luego, Júpiter, con la severidad de un maestro que se enoja, encerraba al Amor en un cuarto oscuro, ordenándole que conjugase veinte veces el verbo «amar». El número final, un concertante que la compañía y la orquesta desempeñaron brillantemente, mereció mayor aprobación. Pero, bajado el telón, en vano intentó la claque que el público hiciera salir a los actores a saludar: todos los espectadores, en pie, se dirigían ya hacia las puertas.

Se pisaban, se estrujaban entre las filas de butacas, manifestándose sus impresiones. Circulaba una misma frase:

–¡Esto es una estupidez!

Un crítico decía que habría que hacer muchos cortes en la obra. Por lo demás, poco importaba la pieza: se hablaba sobre todo de Naná. Fauchery y La Faloise, que habían sido de los primeros en salir, tropezaron en el pasillo con Steiner y Mignon. Era cosa de ahogarse en aquel corredor angosto y chato como galería de mina, iluminado por mecheros de gas. Permanecieron un momento al pie de la escalera de la derecha, protegidos por el arco de la barandilla. Los espectadores de los abonos bajaban con un ruido continuo de gruesos zapatones; la oleada de fracs negros pasaba, en tanto que una acomodadora hacía los mayores esfuerzos para proteger de los empujones a una silla, encima de la cual había apilado prendas de ropa.

–¡Si yo la conozco! –gritó Steiner en cuanto divisó a Fauchery–. ¡Claro que la he visto en alguna parte!... Creo que fue en el Casino, donde la tuvieron que recoger del suelo, de puro borracha.

–Por mi parte, no lo sé seguro –dijo el periodista–; pero también creo, como usted, haberla visto antes...

Y bajando la voz, añadió, riendo:

–Tal vez en casa de la Tricon.